

LAS COMUNIDADES MEILLACOIDES DEL LITORAL SUDORIENTAL DE CUBA

MARÍA NELSA TRINCADO FONTÁN
JORGE ULLOA HUNG



INTRODUCCIÓN

Durante más de cuatro décadas, los principales criterios en el estudio de las comunidades pre-hispánicas del Caribe estuvieron determinados por las tesis del arqueólogo norteamericano Irving Rouse, que se fundamentaban en una clasificación tecnotipológica de los artefactos. En dichas tesis predominaba la determinación de "arquetipos" para cada uno de los grupos propuestos.

En lo que a las comunidades agroceramistas se refiere, la definición de los rasgos culturales dominantes, casi exclusivamente referidos a la alfarería, le permitió establecer un esquema unilineal migratorio y poner en orden los datos obtenidos por la arqueología hasta ese momento. El resultado final definía, a través de secuencias estilísticas y modalidades cerámicas que se suceden en el tiempo y el espacio, una ruta migratoria para las Antillas que, partiendo del nordeste venezolano, llegaba hasta Cuba (Rouse, 1948).

El esquema, basado casi exclusivamente en los estilos decorativos de las vasijas, excluía el análisis de numerosos aspectos de la cultura material, tales como los instrumentos líticos y de concha, las formas de habitación, inferencias en torno a la organización social, las prácticas económicas, etc. Es lógico suponer que el resultado final sólo podía ser un esquema cultural rígido.

En cuanto a los grupos de cerámicas estilo meillac localizados en Cuba, este arqueólogo mantuvo la denominación de subtaíno, término acuñado por Mark R. Harrington en 1920, y actualmente cuestionado por la mayoría de los arqueólogos cubanos. Los orígenes de esos grupos eran considerados a partir de cambios culturales operados en las comunidades de cerámicas "ostionoides" que luego se dispersaron a Cuba, Bahamas y Jamaica, sin dejar márgenes para desarrollos ulteriores o localismos debidos a la incorporación de elementos culturales novedosos o peculiares innovaciones.

Ya en la *Prehistoria de Cuba*, de Tabío y Rey (1968), se ampliaron los criterios definidores del llamado subtaíno, se incorporaron al análisis arqueológico otros aspectos, como peculiaridades de la industria lítica, concha, prácticas económicas, ritos funerarios, posibles esquemas de organización social, patrones habitacionales, etc., que aunque insuficientes aún, marcaron nuevos derroteros para el estudio de estas comunidades aborígenes.

En la década del setenta el arqueólogo dominicano Marcio Veloz Maggiolo dio inicio a una serie de trabajos encaminados a la revaloración de las comunidades precolombinas, en el sentido de darles un contenido socioeconómico que desbordara los estrechos márgenes conceptuales en los que la arqueología antillana estaba encerrada hasta entonces.

En las dos últimas décadas, los nuevos descubrimientos arqueológicos –tanto en el área continental como en el Caribe insular–, la introducción de nuevos modelos de análisis que permiten abordar estudios tecnológicos más amplios, los nuevos fechamientos absolutos obtenidos, así como los estudios comparados de diferentes sitios y regiones, dan un importante vuelco a nuestra arqueología.

Al predominio de un esquema unilineal que desdeña la importancia de los patrones habitacionales, los modos de vida, las mutuas influencias entre grupos de tradiciones diversas, etc., se oponen actualmente los criterios sobre la presencia de variados grupos, nuevas posibilidades de rutas migratorias y comunidades humanas que interactuaron en el ámbito isleño.

En lo que a los grupos de tradición estilística meillacoide se refiere, los estudios realizados por arqueólogos dominicanos detectaron en diversos sitios de habitación la presencia de ceramios que apuntan hacia fuertes relaciones meillacoides-ostionoides, además de la evidencia de asentamientos con distintos patrones de habitación y formas diversas de explotación del entorno. El concienzudo estudio de las peculiaridades de la cerámica meillacoide y sus notables diferencias con otros estilos antillanos en los que se observa una ausencia de solución de continuidad, ha sido el punto de partida para cuestionar un origen local de los meillacoides y dejar establecida la posibilidad de irrupción de grupos humanos con patrones culturales distintos y concepciones de explotación medioambientales disímiles, objetivadas en modelos productivos bien documentados. A esto se agrega la obtención de fechamientos de C14, como en la fase Río Verde, donde el material meillacoide coexiste con el ostionoides en fecha tan temprana como 825 d.C. y su correlato con la fase Taruma, de Guyana (siglo VII-VIII d.C.) (Veloz, 1981: 373-375).

Una limitada búsqueda de publicaciones sobre los materiales de Guyana, en especial de los arqueólogos Dennys Williams, Betty Meggers y Clifford Evans, nos inclinan a aceptar como posible esta hipótesis.

No obstante, queremos apuntar la posibilidad de que, si efectivamente este movimiento migratorio utilizó la corriente que pasa por el sur de Cuba, algunos grupos pudieron tocar primero en Cuba o en Jamaica. La ausencia de una cadena de fechamientos absolutos en la región nos impide aproximarnos más a la verdad en este sentido.

El desarrollo de los estudios arqueológicos en Cuba ha demostrado la ausencia de una unidad en las comunidades meillacoides, no sólo relacionable con los lógicos procesos evolutivos debidos a su larga permanencia en la isla, sino también debido a las diferentes formas de relación sociedad-medio ambiente. La reciente propuesta del arqueólogo cubano José M. Guarch sobre la existencia de "variantes" culturales relacionables con estos grupos, aunque en su formulación íntegra no nos satisface, muestra la presencia de notables diferencias entre los grupos portadores de este estilo cerámico.

En lo que a Cuba se refiere, hace ya varios años el Dr. Felipe Martínez Arango consideraba la hipótesis de un primer asentamiento de las comunidades meillacoides en las zonas costeras, desde Guantánamo hasta el este de Santiago de Cuba, con una dispersión posterior hacia el oeste y centro de la región oriental, donde alcanzaron un desarrollo similar a lo que Stewart denominó "circuncaribe", en virtud de un desenvolvimiento autóctono y de relaciones directas o indirectas con la región en que, entre los siglos XII y XIII, se asentaron las comunidades taínas o de cerámica estilo carrier, procedentes también Haití. Estas conclusiones se veían reforzadas por la presencia de determinadas variaciones en los rasgos culturales asociables a este estilo en la cerámica meillacoide de los sitios del interior de la zona oriental y de la región costera del oeste de la bahía de Santiago de Cuba.

A partir de la cronología obtenida en el residuario de Damajayabo (830 d.C.) y de otros ubicados más hacia el interior de la región oriental, como Los Mates y Ventas de Casanova, con evidencias de contacto indohispánico, se estableció una cronología relativa que contaba con tres momentos: tempranos (IX-XII), cuyo modelo estilístico era el ya referido residuario Damajayabo; medio, que equivalía a la existencia de rasgos intermedios entre el temprano y el tardío, para los cuales no existían fechamientos; y tardío, cuyos modelos estaban próximos a los ya mencionados sitios de Los Mates y Ventas de Casanova.

Es necesario llamar la atención sobre el fechamiento de Damajayabo (830 d.C.), que concuerda con los más tempranos obtenidos –hasta donde llegan nuestras noticias– para las comunidades de cerámica meillac en República Dominicana (Veloz, 1981: 398). La similitud entre ambas fechas apunta hacia una rápida dispersión del meillacoide hacia Cuba, es decir, casi desde los momentos iniciales de su existencia en La Española.

Ciertos restos de pintura roja observables en residuarios meillacoides de la costa sur oriental, como el propio Damajayabo, Los Ciguatos, Sardinero y Maisí II, apuntan a relaciones primarias con grupos de tradición ostionoides que debieron iniciarse en República Dominicana. Si tenemos en cuenta que, según Veloz Maggiolo, las relaciones entre ostionoides y meillacoides debieron iniciarse no antes del 770 d.C. (Veloz, 1981), estos rasgos tenderían a debilitarse en Cuba con el decursar del tiempo.

Hasta el presente parece existir un triángulo de fechas concomitantes que no debe desdarse: Guyana, República Dominicana y Cuba alrededor de finales del siglo VIII e inicios del IX tienen mucho que aportar sobre las comunidades conocidas como meillacoides.

LAS COMUNIDADES MEILLACOIDES DEL LITORAL SUDORIENTAL DE CUBA

La principal zona de afluencia hacia Cuba de las comunidades meillacoides debió ser el extremo más oriental de la isla, en Maisí y sus proximidades, zona que presenta fuertes variaciones: desde el litoral, generalmente árido y casi desértico, hasta formas verdaderas de bosque tropical, con índices pluviales muy altos, que se encuentran a unos pocos kilómetros del litoral. La zona costera se caracteriza por el escaso espesor de la capa vegetal; inmediata a ella se alcanzan los agrestes macizos montañosos de las cuchillas de Baracoa y la Sierra Cristal, que dejan libres apenas dos estrechos corredores al norte y al sur. Éstos debieron ser vías seguidas, tanto por grupos preagroalfareros como agroalfareros, en su migración y ocupación del territorio.

La costa sur se caracteriza por la presencia de una plataforma costera integrada por un lecho de calizas esponjosas correspondientes al cuaternario, donde la existencia de terrazas es prueba de su hundimiento en el mioceno y de un período posterior de estabilidad que produjo el peniplantamiento actual.

En la región se asientan algunos de los grupos geográficos más importantes del país, entre ellos la Sierra Maestra, que ocupa un espacio de 250 km de longitud y 30 km de ancho, entre la bahía de Guantánamo y Cabo Cruz. Su formación incluye varias cadenas montañosas paralelas, de las cuales la mayor es la que se levanta más próxima al litoral y cuyo punto culminante es el Pico Turquino.

Entre los accidentes geográficos más importantes se encuentran las cuencas de Santiago de Cuba y Guantánamo; la primera con 15 km de ancho por 20 km de largo; la segunda es mayor, con dimensiones de 40 km de largo por 24 km de ancho.

La vegetación predominante en toda la región costera es semixerófila o xerófila, a excepción de las áreas colindantes o cercanas a las riberas y desembocaduras de los ríos y arroyos donde aún perduran, aunque escasos, restos de antiguos bosques de galería con diversas especies.

Los ríos son pequeños debido a que sus cursos quedan retenidos por el mar a pocos kilómetros de sus fuentes. En la mayoría de los casos, éstos han labrado estrechos valles transversales en las cordilleras, separados por vertientes geográficas hacia el mar.

La bahía santiaguera constituye el punto medio que divide dos paisajes diferentes en algunos aspectos y que, sin duda, influyeron en las peculiaridades de los asentamientos aborígenes.

Hacia el este se encuentra lo que se conoce como desierto de Imías, con tierras en su mayoría inutilizables para la agricultura, salvo las zonas ya mencionadas próximas a desembocaduras de ríos y arroyos y la cuenca de Guantánamo. El índice de precipitaciones anuales en esta región es uno de los más bajos del país (600-800 mm).

La porción del litoral hacia el oeste de Santiago de Cuba presenta mayores condiciones para las prácticas agrícolas, con algunos suelos inundables periódicamente, lo que puede contribuir a su fertilización. El índice de pluviosidad anual (1 200-1 400 mm) duplica el del sector este, y resulta bastante representativa la presencia de bosques semidecíduos micrófilos, así como pequeños bosques de galerías en virtud de una mejor irrigación.

Los manglares son también más frecuentes en esta región, así como los pequeños y medianos valles costeros, que hacen más amplio el corredor extendido entre el sistema geográfico y el Mar Caribe, a diferencia de la parte oriental, donde esta franja es mucho más estrecha y, en ocasiones, inexistente.

En este contexto agreste y semi-árido de la costa sur de la porción oriental, en el que las sociedades meillacoides se vieron obligadas a sobrevivir durante su tránsito hacia zonas más propicias al quehacer agrícola, tres son las unidades arqueológicas con ellos relacionables: los conchales, los paraderos y los sitios de habitación propiamente.

En cuanto a los conchales, son unidades que sorprenden por su unilateralidad, conformados casi exclusivamente por conchas de grandes caracoles marinos: *Strombus* o *Cassis* en sus diversas especies. Estos conchales ocupan extensiones variables entre 500 m y 1,5 km.

En ellos la artefactería es casi inexistente, salvo los relativamente abundantes "picos de mano" de concha, que debieron utilizarse para perforar los grandes caracoles y extraer el molusco. Estos instrumentos aparecen asociados a las 16 unidades de conchales hasta ahora estudiadas. Por su parte, las conocidas gubias de concha presentes en todas las comunidades aborígenes cubanas sólo aparecen en dos de estas unidades.

La presencia de otros instrumentos, como vasijas de concha —a las que Rouse consideró entre los elementos diagnósticos del llamado complejo manicuaroides—, se produce en el 50 % de estos conchales, lo que propició que algunos investigadores —entre ellos Martínez Arango— consideraran estos residuarios como de origen preagroalfarero, adscritos al por entonces llamado "aspecto guayabo blanco".

Los autores de este artículo forman parte del equipo de investigaciones arqueológicas de la Casa del Caribe, en Santiago de Cuba, que en estos momentos desarrolla un proyecto de estudios sobre la región oriental de Cuba.

Un análisis ulterior nos demostró que en todos los casos los llamados conchales se encuentran a menos de 200 m de asentamientos meillacoides; en otras ocasiones se localizaron entre dos asentamientos; y en otras como simples extensiones de éstos. De esta manera, aunque no se descarta del todo un uso común en períodos diferentes para estas áreas, lo cierto es que para los meillacoides constituyó un nicho de explotación estacional, con el fin de obtener las proteínas que los fondos bajos y arenosos proporcionaban (Trincado, 1989).

Los llamados "paraderos" representan unidades pequeñas utilizadas durante corto tiempo, pues la capa de residuos no pasa de 4 ó 6 cm de grosor, y por su pequeña extensión parecen corresponder a pequeñas y rústicas viviendas para albergar unas pocas personas durante las labores de caza, pesca o recolección estacional en determinados espacios. Esto está avalado por el tipo de residuos que en ellos se localizan, entre los que sobresalen unos pocos fragmentos cerámicos, picos de mano, pesas para redes, limas de coral y trozos de pequeños fogones, además de que los elementos cerámicos los adscriben a asentamientos próximos de mayor tamaño, como en el caso de El Mamoncillo, pequeño paradero ubicado a menos de 1 km del residuario Justicial, al este de Santiago de Cuba, y Boca de Cabañas, a menos de 1 km del obliterado residuario de Cabañas, al oeste de la rada santiaguera.

En cuanto a los sitios de habitación, es necesario hacer algunas consideraciones preliminares de interés. Durante más de cuatro décadas, el equipo de arqueología de la Universidad de Oriente realizó un exhaustivo trabajo de localización y estudio de los asentamientos del litoral, en busca de la definición de posibles rutas migratorias en la región oriental, cuyos resultados fueron el establecimiento de los principios de cronología relativa basada en algunos rasgos culturales sobresalientes. A partir del criterio de una necesaria migración de los meillacoides en el sentido este-oeste, se trató de establecer los rasgos diferenciales entre los grupos ubicados al oriente de Santiago de Cuba respecto a los del oeste y a los del interior de la región, los que pueden ser definidos de la siguiente forma, si se toma como punto de partida la cronología de C14 de 830 d.C para Damajayabo:

- I. Predominio de la cerámica utilitaria con pobre presencia de decoraciones, las que mayormente eran geométricas, sobre todo incisiones paralelas, incisiones diagonales u oblicuas, así como "punteado". Es escasa la presencia de modelado o de modelado aplicado; las representaciones zoomorfas o antropomorfas presentan un índice bajo. Las formas de la cerámica son generalmente redondeadas (tipo bol) y utilitarias, de tamaño mediano (21 cm a 28 cm de diámetro), con paredes más finas, bordes invertidos y topes redondeados. Hay una total ausencia de figurinas o "muñecas", que en otras regiones generalmente se asocian con un culto a la fertilidad. En casi todos estos residuarios aparecen escasos fragmentos con

pintura roja, que apuntan a una relación cronológica cercana a elementos ostionoides (Martínez Arango, (s.f.); Trincado, Castellanos y Sosa, 1973; Trincado, 1989).

2. La industria lítica se caracteriza por la frecuencia de limas y guayadores de coral, pesas para redes y hachas petaloideas pulidas sólo en la punta y en la pala, con huellas de enmangamiento. Es escasa la presencia, en todos los casos, de las tradicionales hachas petaloideas pulidas en su totalidad; también es notable la ausencia de ídolos de piedra en esta zona.
3. Los instrumentos de concha están referidos esencialmente a una alta frecuencia de picos de mano, raspadores de *Codakia sp*, gubias, puntas de conchas, platos, etc. Resulta significativa en todos los sitios la ausencia de colgantes de olivas grabadas, tan comunes a otros asentamientos meillacoides considerados tardíos, así como de elementos de adorno corporal y superestructurales, salvo algunas cuentas de collar y excepcionalmente algunos botutos.
4. Es muy fuerte la incidencia de la dieta marina y aparecen en alta proporción las cuentas de collar realizadas con vértebras de peces.

Un estudio más completo, realizado en 1989 y donde se reunieron las más disímiles informaciones sobre estos residuarios (Trincado, 1989) arrojó que los 16 sitios definidos como tempranos (Martínez Arango, 1982), que se extienden desde la Punta de Maisí hasta la bahía de Santiago de Cuba, escogieron un lugar de asentamiento similar: a pocos metros del mar, al fondo o en los laterales de una pequeña rada de poca profundidad y con uno o dos ríos que los flanquean; generalmente la rada presenta una barrera coralina que presenta excelentes criaderos de peces y moluscos, importante fuente proteica explotada intensamente, además del complemento con fauna fluvial, caza, captura, aprovechamiento de manglares próximos, y la agricultura.

La mayoría de los residuarios son de pequeñas a medianas dimensiones (100 a 180 m de largo) y muy ceñidos al litoral, su longitud N-S (ancho) no sobrepasa los 100 m, lo que parece expresión de pequeñas comunidades formadas por una familia extensa. Las relaciones entre los distintos sitios y el grosor de su capa antropogénica revela una similitud entre todos y oscila entre 0,30 m y 0,40 m, fenómeno que habla de una permanencia relativamente breve en el lugar y de una relación con explotaciones estacionales debido a lo poco favorable de las condiciones para la agricultura.

La pobre capa vegetal y el escaso régimen pluvial debió de contribuir al desarrollo de lo que Veloz llama una agricultura de roza atenuada, donde el cultivo de la yuca amarga, resistente en buena medida a las condiciones de sequía y aridez, debió de correr parejo a la importancia que en la dieta tuvieron otras actividades, como la pesca, recolección marina y fluvial, así como la explotación de manglar, que ocupó un lugar prominente en la alimentación de la comunidad (Trincado, 1989a).

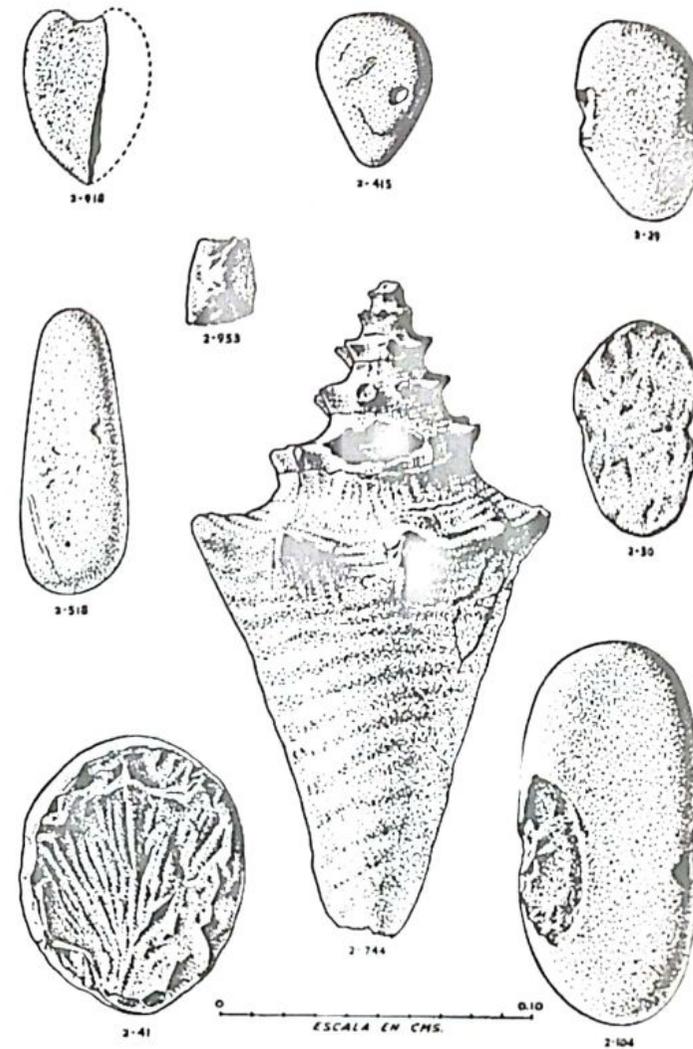
Es necesario aclarar que, aunque la ruta migratoria seguida por estas comunidades hasta ahora parece dirigirse E-O, como indica la existencia de asentamientos más tempranos en la porción este, la migración no se dio de una sola vez, sino de manera casi ininterrumpida desde los primeros momentos; de ahí que no se descarta la posibilidad de que sociedades meillacoides de cronología más tardía se asentaran en la región. La existencia de grupos costeros fue bien descrita por Colón en su segundo viaje. Consideramos, por tanto, que la presencia de rasgos culturales atenuados con las peculiaridades ya descritas no se puede explicar exclusivamente por su temprana cronología sino, además, porque los grupos recién llegados en cualquier tiempo debieron de ser sociedades costeras, posiblemente con peculiaridades similares a las de Haití, con experiencias semejantes en la explotación habitacional, que mantuvieron y consolidaron grupos esencialmente autosuficientes, sin descartar la existencia de intercambios con sociedades más al interior, tal como lo demuestra la presencia de elementos marinos en valles intramontanos, como el de Caujerí.

El patrón litoral no es el único que consideramos posible para las sociedades más tempranas, y una muestra de ello parece evidenciarse en el sitio de habitación de Los Negros, ubicado casi en el centro de la región oriental y actualmente en proceso de estudio. Es justo agregar, por otro lado, que las sociedades meillacoides no siguieron sólo la costa sur como vía migratoria, sino que proponemos dos vías de aferencia: una por el sur y otra por el norte; las características de esta última no se abordarán por falta de datos publicados, pero al parecer ofrece rasgos diferenciales en el comportamiento de los índices principales considerados como más representativos en el presente resumen (Trincado, 1989a).

Las principales diferencias parecen centrarse en una mayor variabilidad en las formas y decoraciones cerámicas y un mayor espesor de los residuarios, lo que puede estar relacionado con otras condiciones en la base física u objeto de trabajo, que propició el desarrollo de sistemas productivos más estables y la aplicación de experiencias ya puestas en práctica en otros lugares antillanos.

En los sitios meillacoides del litoral sur, junto a su poca profundidad, se evidencia una pobre densidad del material arqueológico recuperado, cuya comparación con otras áreas nos habla de la presencia de una población no muy numerosa, quizás no más de 4 ó 6 viviendas de familias consanguíneas (ver tabla 1).

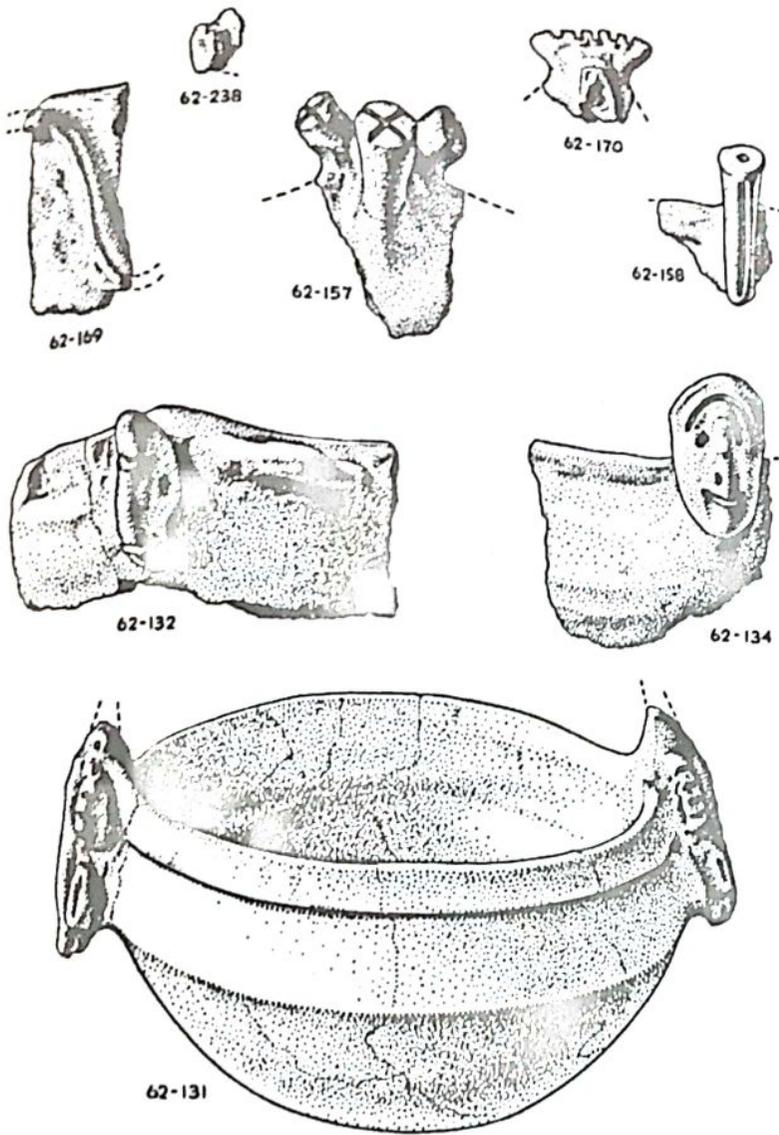
Otro índice importante es la escasa frecuencia de decoraciones en relación con el total de cerámica, que suele ser muy poca; así, las variedades, que oscilan entre 3-8 formas o tipos decorativos, apuntan hacia grupos con un pobre desarrollo en las posibilidades conceptuales de combinación de los elementos decorativos. Esta pobreza decorativa parece estar en plena correspondencia con la escasa frecuencia



DANAJAYABO.- CULTURA SUBTAINA.- OBJETOS DE PIEDRA, (SUMERGIDORES DE RED, DISCO?) HEMATITA (PINTURA), OBJETOS CARDIOMORFOS) Y UN EJEMPLAR DE STROMBUS PERFORADO EN EL APICE (RESTO DE COMIDA).- EL OBJETO 2-518 ES UNA LAMINA PETALOIDE DE CONCHA (STROMBUS).

Cam

Estudios regionales



EL MACIO, EL COBRE.— CULTURA SUBTAINA.— CERAMICA: VASAJA Y FRAGMENTOS DECORADOS (NIVEL ESTRATIGRAFICO 0.25-0.50M).

Carrión

de asas respecto al total alfarero (ver tabla III). Y todo parece indicar que las formas decorativas, vistas en sentido tendencial, aumentan no sólo en los grupos de cronología más tardía, sino también en aquéllos asentados en regiones más aptas para las cultivos y, por tanto, propiciatorias de mayor estabilidad para las comunidades productoras.

El particular análisis en el estudio cerámico del comportamiento de la pintura roja —en virtud de que expresa una cierta cronología no lejana, de relaciones entre meillacoides y ostionoides— demuestra que estos procesos transculturales pudieron llegar atenuados a los grupos costeros de Haití y explica las formas en que se presenta en nuestra región de estudio con una tendencia decreciente en un ritmo de tiempo relativamente acelerado.

A todo esto se agrega el especial énfasis que ponen estos grupos en las formas globulares (tipo bols) de los ceramios, las que llegan a alcanzar hasta un 70 %. Aunque esta tendencia prima en todos los sitios, en los grupos más próximos al oeste se inicia un modesto crecimiento en las variedades cerámicas con el incremento de formas angulares o de dos cuerpos, naviculares y llanas.

El comportamiento de las decoraciones tiene especial interés por la presencia mayoritaria de las incisiones lineales en diversas combinaciones, así como del punteado, contrario al oeste donde es creciente el índice de representaciones zoomorfas, antropomorfas y antropozoomorfas modeladas, lo que apunta hacia formas totémicas en tránsito hacia formas culturales más evolucionadas.

1. Pudiéramos, de forma preliminar, concluir que las sociedades meillacoides del litoral sudeste de la región oriental de Cuba marcan una bien definida ruta migratoria, que parte del extremo este, en Maisí, se ciñe a la línea costera, hasta las inmediaciones de Santiago de Cuba.
2. Que la marcada preferencia habitacional a pocos metros del mar, junto a radas más o menos abiertas y resguardadas, con la presencia de bajos y una barrera coralina, resulta fuente importante para la obtención de peces y moluscos. Entendemos que, si bien al margen de estos patrones habitacionales existen otros dignos de tener en cuenta en estudios posteriores, el patrón ya mencionado debió de ser el más común para sociedades recién emigradas pues en su mayoría debieron de estar compuestas por grupos costeros muy vinculados al mar, con fuerte tradición pesquera, donde una economía similar a la llamada "roza atenuada" garantizó la supervivencia en una región poco propicia para prácticas agrícolas.
3. Los asentamientos eran poco estables, tal como se evidencia en el grosor de sus estratos antropogénicos y sus tamaños, de lo que se infiere que fueran núcleos de población no numerosos y de familia extensa, con procesos de segmentación que reproducían el hábitat y los patrones ya descritos.

4. La frecuencia de fragmentos de burenes apunta hacia una agricultura basada en el cultivo de la yuca amarga (Trincado, 1990), planta resistente a los terrenos de poca fertilidad y escasa irrigación.

En el sector oeste las condiciones para la vida humana resultan en general más benignas, lo que incidió en el desarrollo de determinadas peculiaridades culturales en las sociedades meillacoides allí asentadas. Al igual que en el anterior, los sitios se ubican mayoritariamente en las proximidades de una rada resguardada, de fondos bajos, con una barrera coralina propicia para la pesca y recolección, y flanqueada por uno o dos ríos.

Los manglares son más abundantes, lo que permite una mayor diversificación en la explotación habitacional. En sentido general, se observan índices elevados de captura, pesca y recolección terrestre, además de explotación fluvial y marítima.

Desde el punto de vista cronológico, los residuarios meillacoides ubicados en este sector fueron considerados homotaxiales y ubicables entre los siglos XII al XIII en virtud de la existencia de una serie de rasgos compartidos por la mayoría de ellos.

Las diferencias observables entre una y otra área se podrían resumir en ciertos énfasis de los aspectos cerámicos, la concha e industria lítica, cuya máxima expresión de desarrollo se localizaba en los denominados grupos tardíos (siglo XIV-XVI), que ocupaban zonas más alejadas del litoral.

Sin embargo, si tenemos en cuenta tanto las descripciones de los cronistas –sobre todo del Almirante en su segundo viaje– y una revisión arqueológica menos cargada de visiones unilineales, observamos la presencia de habitacionales numerosas en estas costas, tanto al este como al oeste de Santiago de Cuba, que coexisten en un mismo momento cronológico. Aun cuando hacia el E, como es lógico, se han detectado hasta el momento los residuarios más

Tabla No. 1: Comportamiento de la cerámica

Nombre del sitio	Profundidad de los estratos (m)	Metros cúbicos excavados	Fragmentos de cerámica	% por metro cúbico	Fragmentos de burenes	% por metro cúbico
Sitios del litoral oriental						
Los Ciguatos*	0.4	4.2	426	101	12	2.8
Damajayabo	0.4	58.3	3060	52.4	86	1.4
Sardinero	0.4	41.1	3670	89.2	115	2.7
Sitios del litoral occidental						
Catívar	0.49	17.3	1632	93.1	44	2.7
Boicabón	0.6	73.6	9636	130.9	509	6.2
El Macío**	1	14.6	1987	136	241	16

* Algunas variaciones significativas de este sitio están relacionadas con las limitadas excavaciones realizadas debido a que se encontraba prácticamente destruido y sólo quedaba un área marginal que al parecer era su epicentro.
** Este sitio presenta evidencias muy fuertes de un cambio cultural. (Trincado et al., 1988).

te dichos, son los que remiten mayor información.

En estos últimos se han detectado peculiaridades que a continuación resumimos.

1. Incremento en la frecuencia de burenes, lo que resulta indicador de una más acentuada práctica agrícola en correspondencia con una mayor fertilidad del terreno y mejores condiciones de irrigación (Trincado, 1990).
2. Mayor estabilidad de las comunidades, observable en el grosor de los estratos, que oscilan entre 0,50 y 0,70 m, evidencia de una relación sociedad-medio ambiente mucho más efectiva (Trincado, 1990).
3. El promedio de acumulación de basura arqueológica por m³ excavado

muestra un notable incremento de 90 a 130 fragmentos cerámicos, lo que duplica los promedios de materiales respecto a los de la parte oriental; esto, junto al aspecto anterior, habla no sólo de sociedades más estables, sino también de un incremento demográfico vinculado a una relación más armónica entre el entorno y el grupo (Trincado, 1990).

4. En estudio realizado sobre el comportamiento del sitio arqueológico El Macío (Trincado et al., 1988), se logró establecer una interesante relación entre m³ excavado y la frecuencia de burenes. El incremento de esta frecuencia habla de mayores énfasis en las prácticas agrícolas, en especial de la yuca

Tabla No. 2: Comportamiento de la cerámica (formas predominantes de las vasijas)

Nombre del sitio	% globulares	% naviculares	% angulares	% llanas
Sitios del litoral oriental				
Los Ciguatos	79	17.7	11.4	1.6
Damajayabo	72.3	4.4	13.1	9.3
Sardinero	58.7	5.5	3.6	3.2
Sitios del litoral occidental				
Catívar	9	10.4	10.4	9
Boicabón	8.8	22	30	26.2
El Macío	22.6	22	30.4	12.5

amarga, cuya relación con aspectos evolutivos y cronológicos no es absoluta, pero sí lo es con el comportamiento general del grupo en virtud de mayores capacidades productivas de la tierra; es decir, un incremento cuantitativo de la producción traducible en estabilidad, complejización de las formas y decoraciones cerámicas, aunque sin un salto cualitativo que implique cambios en el modo de vida.

5. Los instrumentos líticos no presentan cambios sustanciales. Continúan siendo frecuentes las limas y guayadores de coral, relacionados con los trabajos en madera; los morteros y manos de morteros para la confección de papillas; así como una cantidad apreciable de pesas y sumergidores de redes, que habla de la fuerte actividad pesquera. La piedra percutida está escasamente representada por pequeñas lascas y algunos pocos restos de materia prima. Las piedras tintóreas resultan más frecuentes, así como las hachas petaloides totalmente pulidas, aunque continúan siendo más frecuentes las hachas denominadas de trabajo.
6. En la industria conchera, la lista de instrumentos es similar a la anterior, pero con un cierto incremento de adornos corporales realizados a partir de esta materia prima.
7. En la cerámica existe un incremento discreto de los tipos decorados y su variedad, sobre todo en las aplicaciones y el modelado con tiras y filetes de arcilla, aplicado de incisos, asas antropomorfas y zoomorfas, asas estrelladas, etcétera.

En las vasijas tienden a disminuir las formas esféricas, con incremento de otros tipos, como las cazuelas, platos y naviculares. No hay pintura roja en los ceramios, lo que parece coincidir con el comportamiento de esta cerámica en la República Dominicana, donde los rasgos ostionoides presentes en formas meillacoides van atenuándose para dar paso a este nuevo sistema decorativo (Veloz, 1981). La tendencia es, pues, hacia el predominio de una cerámica acromática en el sentido decorativo.

Los índices de antropomorfismo y zoomorfismo se elevan, y se hacen frecuentes en estos residuarios, lo que es significativo de cambios en los conceptos mágico-religiosos relacionables con el totemismo y un culto a la fertilidad evidente en la presencia de figuras femeninas con notable exaltación de sus órganos reproductores. Creemos, sin embargo, que en estas sociedades aún están presentes con fuerza las ten-

dencias animistas, cuyo predominio se relaciona con procesos de personificación humanos y totémicos, señalados en la impronta cerámica sobre todo.

Para concluir, es justo referir que la ausencia de fechados absolutos confiables en la región dificulta en buena medida la determinación de la antigüedad de estas comunidades del litoral oeste, así como la demostración de que muchas de sus especificidades no están relacionadas con problemas de cronología, la que no siempre es equivalente con mayor o menor desarrollo socioeconómico.

De esta manera, no nos queda más remedio que plantear:

1. La naturaleza del entorno permitió un florecimiento de rasgos que en su mayoría ya estaban presentes, aunque de manera muy modesta, en las sociedades meillacoides asentadas en la porción más oriental del litoral sur.
2. Las muy posibles y tempranas relaciones con la isla de Jamaica debieron influir en el desarrollo de particularidades decorativas, y posiblemente tecnológicas, más si tenemos en cuenta que fue en aque-

lla isla donde el Almirante tuvo noticias de esta tierra y de la ruta a seguir para llegar a ella. 3. La unidad cerámica en ambas regiones es síntoma de procesos de segmentación que garantizaron el mantenimiento de las sociedades dentro del territorio y, a su vez, permitió la defensa de la fuerza de trabajo invertida al reforzar los nexos entre productores. El patrón segmentario debió propiciar también ciertos mecanismos de complementación económica no sólo en-

tre sociedades de una y otra área del litoral, sino también con aquellos grupos asentados más al interior, que desarrollaron otros sistemas de explotación económica y patrones ocupacionales diferentes.

4. El crecimiento demográfico, de acuerdo con el patrón segmentario de estas sociedades, se resolvió por medio de escisiones en las que el nuevo grupo buscaba condiciones ecológicas similares para continuar su reproducción.
5. Es posible que los mecanismos complementarios —e inclusive combinatorios— de diferentes sistemas de explotación económica que se observan en otras islas de las Antillas, también estuvieran presentes en el litoral sur de Oriente; sin embargo, esto no puede afirmarse de manera categórica por la ausencia de fechados y de un estudio más riguroso de los asentamientos interiores.

Tabla No. 3: Comportamiento de la cerámica (decoraciones)

Nombre del sitio	% decoraciones	Tipos decorativos	% asas	% decorac. antropomorfas	% decorac. zoomorfas	% de pintura roja
Sitios del litoral oriental						
Los Ciguatos	6.5	3	0.9		10.7	17.8
Damajayabo	3.3	6	0.8	1.3	2.6	6.5
Sardinero	3.3	8	0.8	1	2.4	1.05
Sitios del litoral occidental						
Cativar	4.8	10	1.7	3	3	
Boicabón	3.7	18	1.4	5.2	10	
El Macío	5.1	19	1.7	1.4	2.8	

6. Si existen diferencias entre ambas porciones litorales, la explicación no debe verse sólo en un sentido cronológico, como hasta el momento, sino que pueden ser causadas por influencias culturales diversas en el objeto de trabajo, propiciatorias de condiciones habitacionales distintas, lo que condujo al incremento y la diversificación de la producción y, por ende, a sociedades más estables.

BIBLIOGRAFÍA

- Castellanos, Nilecta y A. Rives (s.f.): "Informe sobre el ajuar del asiento Cantabria en la provincia de Cienfuegos, Cuba". Academia de Ciencias de Cuba. Inédito.
- Castellanos, N. y M. Pino (s.f.): "Arqueología del norte de las provincias de Holguín y Las Tunas". Academia de Ciencias de Cuba. Inédito.
- Castellanos, Nilecta (1991a): "La cerámica aborígen del sitio Ventas de Casanova", en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. La Habana, Editorial Academia.
- _____ (1991b): "Estudio arqueológico Loma de La Forestal", en *Arqueología de Cuba y otras áreas antillanas*. La Habana, Editorial Academia.
- Chanlatte, Luis A. (1986): *Arqueología de Vicques*. República Dominicana, Universidad de Puerto Rico, Centro de Investigaciones Arqueológicas.
- Cruxent, J. M. e I. Rouse (1961): *Arqueología cronológica de Venezuela*. Washington. D.C., Unión Panamericana.
- Dacal, R. y M. Rivero de la Calle (1986): *Introducción a la arqueología cubana*. La Habana, Editorial Gente Nueva.
- Guarch, J. M. (1987): *Arqueología de Cuba. Métodos y sistemas*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- _____ (1990): *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Ediciones Holguín.
- _____ (1991): "Los suelos, el bosque y la agricultura de los aborígenes cubanos", en *Arqueología de Cuba y otras áreas antillanas*. La Habana, Editorial Academia.
- Harrington, M. R. (1935): *Cuba antes de Colón*. La Habana, Cultural S.A.
- Izquierdo, Gerardo (1991): "La industria de la concha del sitio arqueológico El Paraíso, Santiago de Cuba", en *Estudios arqueológicos 1989*. La Habana, Editorial Academia, 1991.
- Martínez Arango, Felipe (s.f.): "Ficheros y ceramógrafos de los sitios estudiados por la Universidad de Oriente". Inédito.
- _____ (1968): *Superposición cultural en Damajayabo*. La Habana, Instituto Cubano del Libro.
- _____ (1978): *Arqueología de Maisí II*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- _____ (1980): *Arqueología de Los Ciguatos*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- _____ (1982): *Registro de todos los sitios estudiados por la Sección de Arqueología de la Universidad de Oriente*. México D.F.
- Navarrete Pujols y M. N. Trincado (s.f.): "Presencia bicultural en la playa El Paraíso, Guamá". Inédito.
- _____ (1988): "Hallazgo de un singular colgante de oro en el sitio arqueológico de El Paraíso, Guamá, provincia Santiago de Cuba". Inédito.
- Pichardo Moya, F. (1956): *Los aborígenes de las Antillas*. México, Muñoz S.A.
- _____ (1945): *Caverna, costa y meseta*. La Habana, Editorial J. Montero.
- Pino, Milton y N. Castellanos (s.f.): "Aporte al Atlas Arqueológico de Cuba". Inédito.
- _____ (1991): "Los asentamientos agroalfareros en el sur de las provincias Santiago de Cuba y Guantánamo. Ámbito geográfico y recursos naturales", en *Estudios Arqueológicos 1989*. La Habana, Editorial Academia.
- Rivero de la Calle, Manuel (1966): *Las culturas aborígenes de Cuba*. La Habana, Editora Universitaria.
- Rodríguez Ferrer, Miguel (1876): *Naturaleza y civilización de la grandiosa isla de Cuba*. Madrid, Imprenta de J. Noguera.
- Rouse, I. and L. Allaires (s.f.): *Eastern Venezuelan, Guianas and the West Indies*. [s.e.].
- Rouse, I. and J. M. Cruxent (1963): *Venezuelan Archaeology*. Yale University.
- Sampedro Hernández, Ricardo (1991): "Estudio preliminar de la cerámica del sitio arqueológico El Paraíso", en *Estudios arqueológicos 1989*. La Habana, Editorial Academia.
- Tabío, Ernesto y E. Rey (1979): *Prehistoria de Cuba*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- _____ (1989): *Agricultura aborígen antillana*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- Trincado M. N., Nilecta Castellanos y Gloria Sosa (1973): *Arqueología de Sardinero*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- Trincado, M. N. et al. (1988): "El Macío, aproximación a su interpretación cultural". Ponencia a la VI Jornada Científico- Metodológica de la Facultad Filosofía-Historia, Universidad de Oriente.
- Trincado, María Nelsa (1984): *Introducción a la protohistoria de Cuba*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- _____ (1989a): "Las comunidades meillacoides tempranas del litoral sudoriental de Cuba". Inédito.
- _____ (1989b): "Nuevas aproximaciones al estudio de los conchales de la región oriental". Inédito.
- _____ (1990a): "Las comunidades meillacoides de nivel medio de la región oriental". Inédito.
- _____ (1990b): "Peculiaridades de la contribución de los burenes en las comunidades meillacoides de la región sudoriental". Inédito.
- Vera Cruz, Margarita (1978): "Asas aborígenes de la tradición alfarera de Cuba", en *Cuba arqueológica*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- Veloz, Marcio, Elpidio Ortega y Ángel Caba (1981): *Los modos de vida meillacoides*. Santo Domingo, Editorial Taller.
- Veloz, Marcio y Elpidio Ortega (1986): *Arqueología y patrón circular de Juan Pedro*. Santo Domingo, Ediciones del Museo del Hombre Dominicano.
- Veloz, Marcio, Iraida Vargas, Mario Sanoja y Fernando Luna Calderón (1976): *Arqueología de Yuma*. Santo Domingo, Editorial Taller.
- Veloz, Marcio (1977): *Medioambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo III*. Santo Domingo, Editorial de la UASD. ☞